

Clavillazo

Cristian Chalén Jurado

«Sabed que no hay nada más noble, más fuerte, más sano y más útil en la vida que un buen recuerdo, sobre todo cuando es un recuerdo de la infancia...».

Los hermanos Karamazov

Tenía treces años y ya aparecían en mí los primeros estragos de la pubertad. Lo que peor llevaba eran aquellos indiscretos granos en mi cara, y es tan considerable el recelo de que vuelvan a salir, que prefiero no invocarlos. Ya saben eso que dicen: la literatura es profética.

201

Empezaré por contarles sobre la curiosa costumbre de mi abuela Ana. De su rutina de advertir, con precisión de cirujano, todos los cambios que mi cuerpo y rostro padecieron en mi camino a la adultez.

—Pilar, a este chico le han crecido demasiado las orejas y tiene la quijada muy puntiaguda.

—Mamá, es un niño que está cambiando.

—Si sigue así será idéntico a su padre. Ese infeliz...

—¡En el que nunca debí fijarme! ¡Ya lo sé! Siempre lo repites.

—¡Es verdad! ¡Pobre criatura! Vaya cruz parecerse al panzudo ese.

En ocasiones, daba la sensación de que la abuela no me quería en casa y que hacía lo imposible por mantenerme fuera con

mandados de aquí para allá o practicando deportes, en especial fútbol y atletismo. Única razón por la cual cosía los agujeros de mis zapatos sin quejarse, me remendaba los pantalones cortos y me compraba cada dos meses un balón nuevo.

—Abuela, hoy no me apetece jugar en el parque.

—¡Qué va! ¡Vete de aquí! ¡Ocioso! El ejercicio es muy bueno a tu edad. Entiende que entrenando nunca tendrás el abdomen prominente de tu padre. Hijo, es que te veo y me digo: ¡qué infame es la genética!

Siendo sincero, yo prefería leer y devoraba sin reposo lo que cayera en mis zarpas, incluidas las revistas prohibidas de mi hermano Isidro, pero esa es una historia que otro día prometo también compartir.

202 Fue la obsesión de mi abuela con el deporte y la posibilidad que este me brindaba para conocer chicas las que me motivaron a hacer del fútbol mi pasatiempo favorito. Jugaba de delantero, por la derecha, no me crean si les digo que era rápido y letal frente al arco.

Una tarde de septiembre, al profesor de Electricidad (sí, en mis tiempos tomábamos lecciones de Electricidad) se le ocurrió armar un equipo para participar en las olimpiadas del Colegio Orellana. Tres días después convocó a partidos de prueba, y poco a poco, bajo el sol de las dos de la tarde, elaboró una lista con los mejores jugadores del primer curso.

—¡Ya está! Ahora busquemos nombre a nuestra escuadra— exclamó entusiasmado.

Varios apelativos se barajaron, unos más ocurrentes que otros, pero ninguno le convencía. Pensaba y pensaba el profesor, mientras el sudor le escurría por su mayúscula frente y los ojos se le agrandaban tras los cristales de sus lentes culo de botella. Después

de un largo silencio, vio la luz y le faltó solo gritar al igual que aquel erudito griego: «¡Eureka!». La solución del acertijo había estado flotando en sus narices todo el tiempo. Acomodados en fila y por orden de estatura, nosotros, futuros héroes del balón, llevábamos gracias a nuestros peluqueros, que parecían ser miembros de una misma orden maquiavélica estilista, un mismo estilo de peinado imposible de no destacar.

—Estoy seguro de que a ustedes les corta el pelo algún enemigo o el carnicero de la esquina. No sé si advierten que el remolino de sus cabezas, determinado por el capricho de un bulbo piloso, es indomable, y que para rematar llevan los cabellos de punta a manera de clavos. Así que, ya lo tenemos, ¡Clavillazo! Así se llamará nuestro equipo.

Clavillazo entrenaba los martes en hora de Electricidad. Cuando alguna jugada de laboratorio no convencía al profesor Maquilón (ese era el apellido del profe de Electricidad) solicitaba la hora de la clase siguiente. También nos ejercitaba los sábados antes del mediodía; y nos prohibió la Coca-Cola, ver telenovelas (porque embrutecen, ya que es como tener la cabeza dentro de un trasero) y comernos las sobras de la cena por la madrugada.

Transcurrieron dos meses hasta el arranque del torneo. Llegamos muy nerviosos a la ceremonia de inauguración. Austero por antonomasia, el entrenador Maquilón no exigió a nuestros padres indumentaria deportiva, sino una camiseta blanca y algunas monedas para estampar nuestros apellidos y el número del dorsal. Completamos el equipamiento con el pantalón corto, los calcetines y los zapatos de gimnasia. Fuimos descartados a la primera en el concurso del mejor equipo uniformado, pero esas cosas de infantes nos importaban un bledo.

El sorteo de los partidos nos ubicó frente a los de quinto curso, en el choque inaugural del campeonato. Por tratarse del primer encuentro sabíamos de sobra que muchos ojos serían testigos de nuestra muerte en manos de unos chicos que ya tenían bigote.

—Esos niños jugarán contra los grandotes de quinto. ¡Vaya locura! ¿Quién organiza esto? —Alguien se quejó.

Lo cierto es que gran favor no nos hizo aquel reclamo, porque de inmediato empezaron a temblarnos las piernas.

—¡Ya estamos aquí! Si morimos lo haremos de pie, como el Espartaco de la clase de Historia. —Gruñó heroico Ladines, nuestro capitán.

Saltamos con él a la cancha: Joffre, Patucho, Chino y Abuelo (abuelo era yo, por un mechón de canas que ya no tengo). En el banquillo estaban Comegato, Burrioniño, Vera y Perra Pipona.

204

Por culpa de Patucho nos anotaron una diana y el profesor lo cambió por Vera. Desde aquel momento fuimos infranqueables y una máquina de hacer goles liderada por Chino. Ganamos 5-1. ¡En Clavillazo jugaban los dioses!

Partido tras partido, en aquel campeonato relámpago, nos quedamos sin piel (eso nos pedía el profesor Maquilón). «¡Hay que dejarse la piel! ¡Siempre hay que dejarse la piel, chicos!» En el cotejo de semifinales nos enfrentamos con cuarto curso, uno de los favoritos al título. La lucha fue encarnizada (así dicen los comentaristas deportivos para referirse a encuentros parejos). Ganamos 2-1, pero con una baja importante, porque a Chino le golpearon el tobillo y se lo llevaron en camilla. Su mamá, que estaba de espectadora, corrió a golpes al culpable de darle la patada armándose al instante una trifulca familiar cuando a ese jugador lo defendió su tía.

Era de suponer que terminaríamos aporreados y extenuados. Jugar con chicos que nos superaban en edad nos obligó a utilizar todas nuestras energías juveniles. Diligente, el profesor Maquilón nos hidrataba con una extraña poción hecha con siete yerbas, y la profesora de Educación Física nos daba masajes en las pantorrillas.

Así, al igual que los futbolistas profesionales, quedamos listos para nuestra última y más importante batalla.

Análisis de la situación de la final contra sexto curso:

Burroniño sustituyó a Chino. Joffre, nuestro portero, recibió un pelotazo en el estómago que lo hundió en las redes de la portería (lesionado). Patucho volvió al equipo porque a Vera le sacaron la uña del dedo gordo de un pisotón (y la volvió a joder). Comegato se fue a su casa porque tenía hambre y Perra Pipona abandonó el equipo porque no jugaba (lo que nos dejó sin cambios).

205

Ladines, Burroniño y yo veíamos afligidos cómo nuestros sueños de gloria morían con las patadas y los empujones de unos trogloditas de sexto, que bien podrían haber sido nuestros padres.

—Ese curso está lleno de peloteros de calle y repetidores de año. ¡Qué vergüenza de campeonato! ¡Los chicos merecen el trofeo! —Otra vez alguien gritó.

Para qué mentir, nos dieron una paliza. Perdimos 6-1. Era la primera ocasión que contemplábamos tan cerca una copa y no ganarla nos hundió. Recuerdo que sollozábamos en el camerino abrazados como hermanos, sin importarnos un rábano eso de que los hombres no lloran.

Aquello nos marcó para siempre, por eso hicimos la promesa de vengar aquella derrota en algún momento de nuestras vidas balompédicas.

El fútbol siguió siendo nuestro pasatiempo favorito; en mi caso hasta los veintiocho años, edad en que colgué los botines por una lesión en la rodilla. Ganamos algunos trofeos y conocimos en el camino grandes amigos, inolvidables entrenadores, hermosas esposas y adorables hijos.

Hoy que escribo esto, cuatro de agosto, el profesor Maquilón cumple veinte años desde que se fue al más allá, hacia ese sitio en que, según él, reina el silencio y la calma. Me hubiese gustado decirle que Perra Pipona cumplió su sueño de ver jugar en el Camp Nou al Barcelona de España y que muy porfiado envía fotos para darme envidia. Que Comegato tiene un restaurante muy famoso en la ciudad y que ahí nos reunimos a veces con Joffre, Ladines, Patucho y Chino, porque del resto no tenemos noticias. Que doy clases de Literatura en el Orellana. Que todavía no hay un mejor 10 que Maradona. Y, por último, que escribo un libro que sueño pronto se haga telenovela, el cual prometo como hombre de palabra que soy, no se parecerá ni en broma a esas que te dejan imbécil el cerebro.

206

Cristian Chalén Jurado. Es guayaquileño de nacimiento y madrileño de corazón. En Europa es un inmigrante de muchos oficios y amante de la señora literatura, quien le inspiró un libro que pronto será tesis e historia. Fue finalista en dos ediciones del concurso de cuentos y crónica Libre Libre, pueden leer una de ellas en la revista *Preliminar. Cuadernos de trabajo*.

christian.chalen@uartes.edu.ec